

EL HOMBRE EUROPEO Y LAS
CONSTANTES DE LA CULTURA

El hombre europeo y las constantes de la cultura

por el Académico de número

Excmo. Sr. D. Carlos Ruiz del Castillo.

1. *Europa: crisis y esperanza.*—Las instituciones se encuentran en la encrucijada de las crisis cuando acentúan su carácter problemático.

Mientras los hombres viven en las instituciones como vive el organismo alojado en su piel, no surgen los problemas de justificación y finalidad. Existe entonces la adaptación perfecta del viviente a su ámbito vital.

Esta adaptación, imagen de la vida espontánea, ofrece considerables ventajas desde el punto de vista de la estabilidad social. Pero acontece que la estabilidad social no es equiparable a la estabilidad mecánica. El equilibrio social necesita poseer una dosis de dinamismo, y por eso la estabilidad de las sociedades es precaria y el impulso de renovación es incesante. Incesante, aunque pautado por el ritmo que requiere toda asimilación. Por eso, mientras el equilibrio mecánico sólo utiliza las fuerzas que están en presencia, el equilibrio orgánico —y, a semejanza suya, el de la vida mental y espiritual— es creador de las fuerzas que él mismo utiliza y regula gracias al conocimiento y a la iniciativa.

Europa y su cultura, en el eclipse de algunas de sus influencias universales, son hoy problema para los mismos europeos. Pero al plantearse éstos el problema —y los problemas— de Europa, ¿no permanecen fieles a su vocación milenaria, renovando el testimonio de su fe en la razón y en el análisis introspectivo?

Si este análisis conduce a un examen de conciencia, tendremos la prueba de que Europa sigue vinculando su propensión intelectual a la preocupación moral de la responsabilidad de la conducta. He aquí la

mejor tradición de Europa y el mensaje permanente del hombre europeo.

La serie de planteamientos a que da pábulo la llamada "crisis de Europa", y la enorme bibliografía que el tema produce, no detiene el esfuerzo creador de instituciones en las cuales Europa afirma su sentido de unidad —Comunidades y Acuerdos, Consejo de Europa, Mercado Común...—, renovando sus empresas suscitadoras de ilusión y de esperanzas. Es una misión que arraiga en el pasado, pero que se lanza al porvenir respondiendo a una continuidad que es el signo de la cultura y de la lucidez.

Esta indagación sobre el ser de Europa, a la vez problemático y unitario, permite atisbar las constantes de una cultura transfundida en un tipo humano: el del hombre europeo.

2. *Los ciclos culturales y el concepto de cultura "abierta"*.—Ha sido un análisis europeo de los fenómenos culturales a lo largo del tiempo el que ha pretendido descubrir la independencia personal de cada cultura histórica y la recíproca impenetrabilidad de las culturas. Desde el ángulo del pensamiento europeo y de sus técnicas, ha sido contemplado, con pretensión de objetividad, el panorama de la Historia universal, no para reducir a unidad la riqueza de sus manifestaciones, sino para mostrar la irremediable escisión de éstas.

Como es sabido, la investigación sobre la pluralidad de los sistemas culturales ha encontrado su epígono en Spengler. Y a Toynbee se debe el intento de enumerar los ciclos culturales.

Estas tesis subrayan las especialidades de cada cultura y su ciclo irreversible, que es el mismo que recorre la vida orgánica: nacimiento, adolescencia, madurez, decadencia y muerte.

Así, la Historia universal no puede ser captada como proceso interno de desarrollo, sino mediante una aproximación de los caracteres morfológicos de las culturas, estudio limitado a la aprehensión estructural, que sorprende unidades estilísticas entre culturas que se producen en ámbitos históricos independientes y no relacionados entre sí. Cada cultura posee un principio configurador, un alma propia, en la que se encierra como en claustro inviolable.

Hay que observar que este enjuiciamiento denuncia la existencia de una crisis de la mentalidad europea. Sintoniza con la cultura europea en cuanto proyecta la atención sobre pueblos y civilizaciones cuya personalidad aspira a comprender y, naturalmente, a respetar. Pero no cabe aislar la tesis de Spengler, el título de cuya obra fundamental es suficientemente expresivo del pensamiento del autor —*Decadencia, ocaso de Occidente*— de la especial situación histórica en que se produjo, al ini-

ciarse la era de las guerras mundiales y tras la amargura que destiló sobre el espíritu alemán la derrota de 1918.

Por otra parte, la interpretación actual de Europa ha sugerido a Dawson otro juicio pesimista, esta vez aplicado al comportamiento de muchos europeos en relación con el genio multiseular de Europa, a su espíritu crítico, no contenido en los límites de una fecunda revisión, sino corroído por el escepticismo disolvente. "Europa, enemiga de sí misma". es el epígrafe de uno de los capítulos del estudio sobre la *Situación actual de la cultura europea*. Este fenómeno de masoquismo intelectual es considerado por Dawson como peculiar de Europa: no se dio —dice— ni en el helenismo ni en la caída del Imperio romano.

Conviene, sin embargo, no generalizar estos pensamientos y estos juicios, considerándolos como síntomas de un desmoronamiento. Cabe extraer de esa misma propensión crítica una prueba de vitalidad que prevalezca sobre el choque de las ideas.

Se ha tratado de encontrar el carácter específico de la cultura europea en la síntesis dialéctica que armoniza los contrarios. Jaspers, especialmente, ha mostrado que Europa se torna infiel a sí misma cuando pierde sus antagonismos, jugos nutricios de su libertad. Pero también Jaspers enraíza esa realidad profundamente dialéctica en las tradiciones más antiguas, y considera la *Biblia* como fundamento de la vida europea porque enjuga la tensión entre dos polos y es el libro sagrado que permitió, durante milenios, a todos, las posibilidades contradictorias de extenderse con su bendición (*¿Qué es Europa?* Ed. esp., 1957).

Lo que, en confrontación con el desarrollo de otras culturas históricas, distingue a la llamada cultura europea es su carácter de cultura "abierta". Es precisamente esta abertura y su porosidad constitutiva lo que da a la cultura de Europa un valor de cultura en sí, cultura por antonomasia, en cuanto está integrada por principios, ideas y vivencias dotados de validez universal.

Pero a la vista de estas comprobaciones, experimentalmente confirmadas por la difusión de lo europeo por el mundo, tanto en las formas de vida como en los hábitos mentales, podría inducirse que el propio sentido abierto de su cultura, al hacerse ésta patrimonio común de los hombres, extinguía los caracteres originales y las posibilidades de singular pervivencia.

El principio configurador de la cultura europea continúa, sin embargo, actuando al través de la difusión y muestra capacidad para vertebrar el organismo de la cultura total. Es compatible, hacia dentro, con la variedad de tendencias que se mueven libremente bajo la influencia de valores co-

munes y, hacia fuera. con una manera de expansión que deja subsistentes los caracteres de otras comunidades sobre las que irradia.

Acontece en este orden de ideas lo que acontece con la existencia de las naciones, también compatibles con la libertad de sus componentes individuales y colectivos y con el desarrollo de una influencia universal. que no las desnaturaliza como formaciones sustantivas.

En posesión de un espíritu y de un ideal común, pudo realizar Europa la mayor hazaña de su Historia: la de unificar físicamente el Globo, en la era de los Descubrimientos, y la de fundar la unidad moral del género humano, propagando el concepto de la igualdad sustancial de los hombres y el de la "gracia suficiente", que entraña la libertad para merecer la salvación. Un pensador español, Ramiro de Maeztu, destacó la contribución de nuestra Patria en ambos aspectos. Su obra *Defensa de la Hispanidad* los glosa ejemplarmente. Al través de este libro cabe presentir la trascendencia de una misión que emerge del fondo de las constantes intelectuales y morales articuladas en la cultura de Europa.

Esta vocación europea de universalidad se ha mostrado acogedora de todas las creaciones del espíritu humano, las cuales han quedado incorporadas al propio ser de Europa, e incluso cuando ésta sólo ha encontrado ruinas arquitectónicas como vestigios de culturas del pasado. las ha conservado amorosamente y ha reconstruído desde ellas formas de vida cuyo testimonio era susceptible de brindar todavía a los hombres estímulo o enseñanza. Todo lo que no ha sido asimilado por el espíritu europeo queda como capítulo de curiosidades, que sólo interesan al "folklore".

3. *La personalidad de la cultura europea.*—Estas posibilidades de captación de corrientes de pensamiento y de vida reciben un sentido complementario e integrador en virtud de su asimilación por Europa. Para esto, la cultura europea ha de poseer un principio propio. No es ciertamente esta cultura un Museo de curiosidades que acumula obras muertas, ni una especie de Panteón romano que acoge bajo sus bóvedas a todos los dioses del mundo. Su universalidad no transita por la vía del sincretismo, ni equivale a un panteísmo cultural.

Este principio constitutivo y seleccionador es inseparable de las aportaciones esenciales que Europa ha recibido. Grecia, Roma, Israel, constituyen la herencia occidental, unificada, reelaborada y acrecentada por el cristianismo. Tales son los elementos comunes de nuestra cultura que, sometidos a una decantación multiseccular, constituyen nuestro verdadero lazo y patrimonio indivisible, como ha mostrado T. S. Eliot (Apéndice

a *Notas para la definición de la cultura*, trad. esp. Buenos Aires, 1952). Los pueblos germánicos aportan instituciones de libertad personal.

El propio Eliot ha estudiado la consistencia de ese principio fundacional y fundente que es el cristianismo, considerado no ya como fe individual, sino como criterio de civilización. “Un europeo —ha dicho— puede dudar de la verdad de la fe cristiana y, sin embargo, lo que dice, y fabrica, y hace, será todo proveniente de su herencia de cultura cristiana y dependerá de la cultura para su significado.”

Con este alcance, las mismas herejías logran influencia social con referencia al foco de unidad, cuya luz deflejan, aunque la descompongan. Es la central doctrina eclesiástica la que confiere a la interpretación heterodoxa el sentido de una desviación que ha de ser enjuiciada con referencia a un criterio que Landsberg ha caracterizado como dotado de “una validez predominante”.

El espíritu de revisión crítica, compatible con la fe, es aplicado a las mismas verdades dogmáticas para iluminarlas desde todos los ángulos y airea las discusiones de los Concilios y los escolios teológicos.

Esta compatibilidad de la fe y de la crítica depara a la razón un lugar preeminente, porque es ella la que controla la integridad de los elementos constitutivos de la cultura. La fe cuenta también con la razón: por eso existen los motivos de credibilidad. La razón llega hasta el umbral del misterio, y sólo se detiene ante él cuando realidades incognoscibles, pero presentidas como necesarias por la razón misma, percatan a ésta de sus limitaciones, cuyo conocimiento es también racional y llena de sentido autoconsciente al *non possumus*.

Una cultura sin cimiento religioso es mero conjunto de conocimientos o de técnicas, incapaces de dar cohesión a la vida personal y a la vida histórica. En la civilización europea, lo mismo que en la *Cité antique*, estudiada por Fustel de Coulanges, la disolución de las creencias religiosas produce la pérdida del alma y promueve el cambio social revolucionario.

Sobre el plano intelectual y político, los conceptos europeos son conceptos religiosos secularizados. Así, la autoridad, principio calcado en el del gobierno del mundo por Dios; la igualdad y la fraternidad, que emanan de una común paternidad; el orden público, que no consiste en un juego de fuerzas materiales, sino que es la expresión de un orden moral, el orden cristiano, que constituye el matrimonio monógamo, lo dota de finalidad en la procreación e instituye las “buenas costumbres”, calificación que hace referencia a un orden de valores morales.

Avanzando por esta vía interpretativa del ser de Europa, se obser-

vará cómo el Cristianismo, conjunto de creencias personales, se transfundió durante la Edad Media en un conjunto de creencias sociales articuladas en el sistema de civilización de la Cristiandad.

No es ociosa esta alusión. Las ideas europeas destacan la importancia que las Edades Medias tienen para los pueblos. No es posible vivir con plenitud la cultura moderna si se prescinde de esa sedimentación de las corrientes del pasado cultural en el esfuerzo constructivo y unitario que las Edades Medias comportan. En esa larga época el hombre europeo fue el hombre cristiano por antonomasia. Queda, por lo demás, insinuado que el proceso de secularización sigue representando la estructura de un orden cristiano.

No querría dar tono polémico al empleo de una palabra, tornada equívoca por las múltiples interpretaciones que se le han dado. No obstante, hay que reivindicar, con las debidas precisiones, el significado del *humanismo*. El humanismo cristiano debe ser entendido correctamente como personalismo.

Pues bien, los productos mejor logrados de nuestra cultura están saturados de valor humano. Ya el cultivo de las Humanidades como elementos básicos de la cultura europea responde a la convicción de que existe una adecuación permanente entre el tipo humano y un sistema formativo de verdades intelectuales y de normas de conducta. El estudio de las Humanidades realza el valor de las ideas generales enaltecidas por las letras clásicas y asentadas sobre los problemas constantes del hombre.

Este culto a las ideas generales sigue inspirando la cultura europea, acuñada en hábitos de rigor mental y en las grandes concepciones sistemáticas que confieren a la creación científica elegancia y carácter de arquitectura. Las grandes construcciones dogmáticas son reflejo del estilo europeo en el trato con las ideas. Hoy mismo existe una sensibilidad científica europea, diversa, por ejemplo, de la de Norteamérica, cuya mentalidad técnica impregna de empirismo las manifestaciones culturales, que reducen el Derecho a la Jurisprudencia del *case book*; la Sociología sistemática, a la Sociografía y a la Estadística; la Filosofía, al pragmatismo.

4. *El hombre europeo y la razón.*—La cultura, como tal, carece de conciencia y de destino. Sólo el hombre, al utilizarla y al renovarla y transmitirla, le confiere vida y sentido. A la vez, en virtud de la toma de conciencia cultural, el hombre encauza la cultura en direcciones finalistas, y cuando el hombre no es capaz de dominar y encauzar los resultados de la cultura, se consuma la autodestrucción cultural y humana.

Este sentido de la cultura, universal en cuanto humana, y que hace del hombre el destinatario de la creación cultural, considera al agente humano como totalidad personal, no como dimensión asociada a caracteres particulares. Es cierto que en Europa han surgido también las concepciones desintegradoras del hombre: el *homo oeconomicus*, el *homo sexualis*, el *homo faber*... Mediante las interpretaciones a que dan lugar estas concepciones, la cultura europea se ha planteado a sí misma el problema de su desintegración. Pero el impulso cultural europeo retorna a las fuentes renovadoras de energía y se afana, mientras permanece fiel a sus orígenes, en la reconstrucción del hombre sustancial. Es el pensamiento europeo el que ha definido al hombre por sus notas de generalidad y por la persistencia de sus caracteres: *homo sapiens*, de Linneo; *zoon politicon*, de Aristóteles; sustancia individual de una naturaleza racional, que es el concepto de persona en Boetio.

Esta aspiración europea hacia el mantenimiento de una cultura universal y humana tiene su eje en el reconocimiento de que existe una *naturaleza humana*. Y este reconocimiento es la respuesta al asombro que producía a Carlos Marx el hecho de que las grandes obras del arte griego no sólo fueran valaderas para los helenos, sino que continuaran despertando en nosotros la emoción y las contempláramos como arquetípicas.

El concepto de naturaleza humana postula, no sólo la unidad del género humano, sino la concepción de cada hombre como una unidad de conducta. Ser eminentemente racional, es cierto, pero con razón ensamblada en una naturaleza moral. Arranca de aquí la dirección del esfuerzo humano apoyado en un sistema cultural de equilibrio de facultades, la conciencia de la libertad y de la responsabilidad personal, el sentido de una cooperación entrañada en la alianza de la persona y el servicio social.

Defender al hombre es, en primer término, comprenderlo y comprenderse a sí mismo. *Noscite ipsum*: es principio de sabiduría humana, de razón aplicada para actuar conscientemente y situarse en la línea de lo real. Cuerpo y alma, apetito y significado, inteligencia y voluntad, intuición y pensamiento discursivo, pasión que es fuerza y esfuerzo y que las ideas laboriosas saben aprovechar, como se utiliza el filón de una cantera... Todo eso es el hombre, unidad inescindible, gracias a su conciencia personal.

El carácter unitario del hombre lo mantiene siempre como ser vertebrado también espiritualmente, y se opone a cualquier intento desvanecedor de las esencias que como totalidad lo animan. En tal concepto podemos anclar los caracteres de la Mística que producen los pueblos

de Occidente, frente a la Mística oriental que conduce al sopor de los sentidos y a la evasión de la conciencia, sumida en el Nirvana.

En Occidente —séame permitida la alusión especial a la Mística española, que acusa vigorosamente estos rasgos constitutivos—, grandes místicos son también fundadores de Ordenes monásticas, y la fusión del alma con Dios en las cumbres del éxtasis no es incompatible con la vida anacaria de una Santa Teresa de Jesús o con el espíritu militante de los confesores. Este sentido de que la vida es milicia, actividad en suma, plasma en la fundación de San Ignacio de Loyola. Las *Moradas*, de Santa Teresa, son el poema de una vida que nunca es evanescente, precisamente porque *mora* mientras asciende por los peldaños de la vida mística. La muerte misma es trasunto del impulso vital de pervivencia, impulso inseparable del alma personal, que aspira a la felicidad de la beatitud. “Vivo sin vivir en mí—y tan alta vida espero—que muero porque no muero”: sentido resurreccional de la esperanza, apoteosis triunfal de la vida, siempre vencedora de la muerte.

Este *activismo*, presente también en la contemplación mística, confirma la unidad de las manifestaciones del alma. Frente a él, el *quietismo* de un Miguel de Molinos aparece como desviación herética, como morbo que llega a expulsar la vitalidad orgánica de la Iglesia.

En el hombre europeo ha culminado el proceso que, actuando las tendencias expansivas de la vida interior, se ha manifestado en la solidaridad con el mundo y el trasmundo. Proceso inseparable del carácter moral que venimos glosando y que actúa como elemento integrador del hombre y de la vida. La moral y la cultura, aunque consistan en normas objetivas y en valores, sólo se hacen lúcidas en la conciencia humana. Son rectoras de conducta mediante la interiorización en el hombre, que las *siente* y las realiza. La íntegra conciencia cultural es un complejo de ideas, de sentimientos, de hábitos y de vivencias y, en último análisis, es la libertad la que depara el destino a esa organización. La reflexión moral del hombre engendra el sentimiento de su responsabilidad. La conciencia acusatoria del remordimiento es prueba concluyente de la libertad interior y de la soledad que configura las decisiones personales.

Así, en el centro de la cultura está el hombre dotado de razón personal. Por la razón crea y participa en el acervo de valores intelectuales y de ideas morales que ha acumulado la civilización.

5. *El hombre europeo, el Bien común y la defensa de la intimidad personal.*—La igualdad, que es consecuencia de la posesión, por todos los hombres, de una naturaleza común, permite la comprensión de un

Bien común, en que todos ellos participan y que deja a salvo el carácter personal de cada uno y exige, de este modo, el respeto a la intimidad.

El Bien común, así entendido, constituye clave de la inteligencia occidental y explica las mejores directrices de su política. Ligando a la sociedad la libertad de cada persona, pero afirmando a la vez el principio de autodeterminación personal, la vida social comporta un carácter mutualista, que determina la participación de todos los hombres en el conjunto de bienes morales, intelectuales y económicos que constituyen el fondo social. No es el Bien común un superorganismo o una existencia transpersonal. Aunque excede las determinaciones individuales, las asume y enriquece, potenciándolas con los medios de la organización. La Sociedad revierte sobre el hombre, que aparece ordenado hacia la vida social, no según todas sus facultades, sino *secundum quid*, por la vía racional de la cooperación discernida. Como ha dicho Messner, el Bien común consiste en una tendencia espiritual que fundamenta la unidad de la vida social sobre un fondo de unidad de las conductas. Por eso el pensamiento clásico concibió al legislador como educador, y hoy definimos como ámbito de competencia legislativa la defensa de la moralidad pública, comunión de conductas individuales en creencias y en valores.

Sólo temporalmente, y como exigencia del propio desarrollo, encarna el Bien común en unidades políticas limitadas. Sólo transitoriamente son sociedades perfectas las Naciones y los Estados. La esencia del bien es la universalidad, y sólo la comunidad universal es la forma perfecta del Bien común. En el orden económico, adquiere relieve esta idea cuando se considera la desigual distribución de las materias primas sobre el Globo y de la riqueza entre los hombres, según clase y situación geográfica. Ya el intercambio, nervio del comercio, sólo tiene sentido partiendo de un supuesto de comunidad de necesidades. La justicia distributiva es norma de igualación universal, porque su aliento rebasa el horizonte de territorios y comunidades parciales.

Asimismo, el resorte de la actividad del hombre europeo ha consistido en fundar empresas auspiciadas por el signo de la difusión universal, pero bajo especie de misión que nacía de la propia concepción cultural. Bajo este signo, la dominación ha tenido siempre carácter provisional y precario. En el proceso colonizador no han sido las tendencias espontáneas de los nativos, sino el fermento de las ideas europeas lo que ha esponjado la aspiración de independencia. El europeo, desde el siglo XVI, se ha esforzado en justificar la colonización por razones favorables a la elevación de los colonizados y a la mejor utilización de

los recursos naturales. Han existido abusos que afean siempre las empresas humanas, pero los motivos ideales y las razones que apoyaban la empresa misma eran suficientes para señalar la trayectoria y también el término del proceso de las colonizaciones.

En el Bien común está implícito un común denominador de tendencias culturales y políticas que han alcanzado en Europa su mayor florecimiento y su ejemplaridad. También hay que partir del hombre para desembocar en la constitución de un Derecho universal, no meramente internacional: Derecho fundado en las constantes tendencias humanas y que existe con anterioridad a todo consentimiento. La especie humana es una clasificación antropológica, pero la organización jurídica de la especie humana es la comunidad universal.

Pero el Bien común no se manifiesta únicamente en la esfera de la experiencia social. Crea condiciones de respeto a la vocación personal cuando ésta se recluye en el mundo interior, mediante la renuncia que comporta la plenitud de la experiencia de intimidad. Esta búsqueda de sí mismo y este repliegue sobre lo personal es también un valor cultural que, en Occidente, como hemos observado al referirnos a la Mística, tiene especiales caracteres.

Reivindicar el intimismo es hallar el último núcleo de la personalidad, su latido inasequible a la fama y a la política. La política actúa los valores comunes: esto es bien visible en la historia de la representación, pues lo representado en las asambleas públicas y en las organizaciones de gobierno son siempre los nexos colectivos, los intereses corporativos o las opiniones agrupadas, pero nunca lo absoluto personal, que es intransferible y, por tanto, irrepresentable.

En cambio, la concepción política occidental favorece la intimidad con la única actitud que en este caso es posible: retirándose. El sistema de garantías personales está calcado en este espíritu de retirada política. Respeta los estados de conciencia considerándolos inviolables, con títulos análogos a los que exhibe la inviolabilidad del domicilio.

La actitud individual de "retiro", así denominada por Spann, tiene, empero, virtualidad social cuando la Sociedad hace suyos, comprendiéndolos, los frutos de la vida contemplativa y depara condiciones para que un núcleo de almas selectas pueda encaminar la vida por "la escondida senda". De este modo trabó la organización medieval la solidaridad de los que oraban junto a los que trabajaban y a los que combatían. Y así quedaba superada la escisión social de lo activo y lo contemplativo. El *ocium cum dignitate* es más que un lujo de la vida social: es, acaso, su meta sublime, su cumbre espiritual. Procede, en efecto, preguntarse,

con un filósofo español de nuestros días: “¿No ocurrirá que el máximo servicio que el escritor y todo el que cultiva un saber liberal pueda prestar al prójimo sea precisamente el de hacerle posible el ocio de la contemplación, sin el que la existencia deja de ser humana?” (A. Millán Puelles, “La función social de los saberes liberales”. Madrid, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, 1961).

En relación con el carácter de la acción histórica, interesa precisar el concepto de la acción personal. El culto al héroe, que a primera vista simboliza lo más excelso de lo personal, puede sacrificar los valores humanos comunitarios, tanto como el culto a los mitos colectivos: nación, clase o raza.

Hay una visión histórica —la de Hegel— según la cual los pueblos prósperos representan lo sustancial del espíritu del mundo. Frente a ellos, que son los dominadores, “el espíritu de los demás pueblos carece de derecho y no cuenta, pues su época ha pasado, en la Historia universal” (*Lecciones de Filosofía del Derecho*, trad. esp., I).

Se vive, según esto, al margen de la Historia, por encontrarse en trance de agotamiento o de irredención. Benedetto Croce (*Saggio sullo Hegel*) sorprendió la incompatibilidad de este criterio con el concepto unitario e inmanente de la realidad, según Hegel. Pero no es de este momento ni pertenece al tema la crítica hegeliana.

Es cierto que a la Historia se incorporan los valores dotados de ejemplaridad. No todas las acciones de los hombres, ni siquiera las de los hombres superiores, comportan valor ejemplar, ni influencia conductora. La Historia despersonaliza, en la medida en que sólo registra resultados. Del héroe toma la Historia la hazaña singular; del hombre de Estado, la creación normativa; del artista, el lienzo, la estatua, el monumento o la sonata; del pensador, la teoría y el sistema.

Pero la concepción cultural europea de la Historia no desconoce el valor de lo pequeño; se detiene en ello y en los imponderables morales. se nutre de biografías tanto como de epopeyas, reconoce el empalme del esfuerzo humano con la obra y el espíritu de cooperación, que proclama, por pluma del Siglo de Oro español, “que no habría capitán si no hubiera labrador”. Busca con amor la flora oculta en el valle ignorado y no se detiene en la contemplación de la fachada vegetal de las altas montañas. Descubre los veneros de la humildad santificante de las almas dedicadas al servicio de los demás y a la empresa de la salvación. Destaca el tipo social que encarna virtudes o rasgos salientes de los pueblos, pero no las separa de las fuentes personales productoras de energía, y así, el tipo social es eminentemente personal. Piénsese en el tipo del caballero o

del hidalgo, del *gentleman* o incluso del *galantuomo*. En ellos se remansa el ímpetu de la Historia para acrisolar la función de guía y de enseñanza. Su sola presencia purifica y contribuye a que la Sociedad no sea únicamente fuerza compulsiva, sino medio propicio para el desarrollo de las variedades personales.

6. *El concepto de "élite" y la difusión de la cultura.*—Con el alcance señalado, las formas culturales europeas totalizan un desarrollo que trasciende al conocimiento, el cual —ha advertido Dilthey— “no se explica por sí mismo, sino como miembro de la conciencia total humana”.

Si el hombre europeo, por el que han atravesado tantas corrientes de ideas, no creyera juntamente en la libertad y en los resultados culturales de una libertad orientada, no hubiera situado en el plano superior de sus preocupaciones la atención hacia el problema educativo. Y si no creyera que existen valores comunes a todos los hombres, no hubiera propugnado la educación obligatoria.

La *élite* tiene una peculiar conceptualización europea. La voz francesa ha sido universalmente aceptada para designar un modo especial de producción y de influencia de las minorías.

El concepto de *élite* implica la acción personal que se eleva sobre la masa, pero que surge de ésta, en virtud de la homogeneidad que asocia a los conductores y los conducidos. Hay varias clases de *élites*, pero todas ellas suponen el concepto de una Sociedad abierta y de la voluntad operante del mérito que necesita la investidura del reconocimiento social. Cada persona puede ascender hasta los estadios de la *élite*, pues cualquiera de ellas, como los soldados de las guerras napoleónicas, lleva en la mochila el bastón de mariscal.

La *élite* y la masa engarzan en el proceso educativo.

En este proceso, lo mismo que en la teoría de la Naturaleza y en la idea general del progreso, se enfrentan dos concepciones a las que, si se emplean palabras que designan teorías bien conocidas, cabe aplicarles los términos de *mutacionismo* y *evolucionismo*.

Para la primera concepción, los cambios se producen por saltos en momentos singulares; para la segunda, el cambio es insensible, pero constante y rítmico. La función social de la *élite*, su influjo educativo, dependen de los modos de conducción del proceso. El genio que emerge fulgurantemente produce la “serie discontinua de momentos sublimes de creación”. Pero Mannheim, que ha señalado el papel que desempeñan ambas concepciones, ha observado que “cuando las minorías son reclutadas por medio de un mecanismo colectivo, les agrada contemplar, con una autoestima enraizada en la modestia, la acumulación gradual de pe-

queñas corrientes que forman un río caudaloso"... "En materia de educación —añade— mantienen que un buen promedio es más importante que conseguir una eminencia; en Historia mantienen que el destino de los grupos y el del conjunto de la Humanidad, depende más de los firmes esfuerzos de la masa anónima que de los arranques inspirados por los genios desusados." (*Ensayos de Sociología de la cultura*. "La democratización de la cultura", trad. esp., 1957.)

Puede ser utilizado el término "masa", no para designar una agrupación suscitada por el instinto gregario, sino la suma de condiciones esenciales de las personas que, partiendo de una igualdad sustancial, aspiran a actuarla mediante la participación en un patrimonio organizado de bienes y servicios.

Con esta perspectiva, Europa se lanzó a la empresa democratizadora de las relaciones culturales para difundir hasta el máximo los resultados y para suscitar siempre nuevas promociones en una incorporación viva. A la vez, la democracia ha propugnado, como condición de existencia, la difusión de la cultura. La enseñanza obligatoria se ha articulado en el credo democrático con anterioridad a las conquistas sociales propugnadas en forma de participación en los beneficios y en la gestión de las Empresas o de redistribución de las rentas nacionales.

La generalización de la cultura opera simultáneamente con la de la riqueza. En la clase burguesa —culto y propietaria, a la vez— alumbró este paralelismo, en que se ha inspirado después la lucha contra la concepción clasista.

Sale aquí al paso la paradoja de la cultura puramente intelectual. Europa, en sus concepciones y en sus prácticas, responde a su espíritu cuando no desliga la educación moral y la instrucción intelectual. Es una consecuencia de la concepción unitaria del hombre y de la cultura, concepción que ha quedado ya expuesta en esta ponencia.

La decadencia del orbe europeo coincidió con el proceso de relativización de la cultura, mediante un enjuiciamiento unilateral que eclipsó el genio metafísico, inspirador de las mejores creaciones. La cultura, cuando se pierde el gusto de las ideas generales, se deshumaniza y se torna exclusivamente utilitaria.

Nadie recusará el perfeccionamiento de los instrumentos técnicos que ensanchan las rutas del progreso material y son susceptibles de brindar a los hombres el solaz intelectual, a la vez que agrandan el horizonte de la vida. Europa ha sido la sede de este desarrollo concomitante de la cultura armónica que alía el saber y la ciencia, la filosofía y la técnica.

Y es así como ha producido la más bella civilización del mundo. El peligro surge cuando la cultura destinada a las masas persigue tan sólo objetivos de orden sensible, extraños por su naturaleza al alma y a las aspiraciones ideales y que se detienen en la epidermis de la vida.

La ruptura del equilibrio en que consistió la cultura europea fue denunciado ya hace años por un gran penalista italiano, Nicéforo, observando que la cultura, desengarzada de sus nexos morales, favorecía incluso nuevas formas de criminalidad o transformaba los tipos de delincuencia. La criminalidad de sangre —decía— se transforma en criminalidad de fraude. Pero después se han producido dos terribles guerras mundiales y múltiples revoluciones sangrientas, y no hay que referirse a la angustia en que vive el hombre actual ante la perspectiva de una total guerra universal.

Percata todo ello de la precaución con que ha de ser enjuiciada la cultura científica y la enseñanza obligatoria de orden formal, despreocupada del contenido de lo que se enseña. No basta abrir una escuela para cerrar una cárcel, como ingenuamente se ha creído. Convendrá, por el contrario, meditar sobre la advertencia de Dawson, cuando, aludiendo a la educación que ha sido aceptada como buena en sí por Europa y por América, escribe: “Una de las características más graves de la situación es el hecho de que nuestro fracaso ha sido el fracaso de la primera sociedad que ha sido universalmente educada.” (*Hacia la comprensión de Europa*, cap. I. Madrid, 1953.)

Y aún queda fuera de esta sinopsis la referencia a la desnaturalización de la cultura cuando se la embala en los tópicos de la propaganda que actúa, con el martilleo incesante de las frases hechas, sobre el espíritu de las masas.

7. *Reintegración cultural y posibilidades de Europa.*—Como síntesis de estas reflexiones cabe destacar la línea, a veces discontinua, pero siempre propensa a la reanudación, de una cultura que, teniendo su foco en una porción geográfica del Globo, ha irradiado universalmente y ha conformado un tipo de hombre a quien, por serlo integralmente, nada de lo humano le es extraño...

Cuando se trata de la crisis de Europa, más bien se alude a la desunión interna, que repercute en la merma de influencia política y económica, que a la decadencia cultural. Sería un tema conexo el análisis de la transformación de las influencias culturales cuando emigran a territorios diversos de los centros de producción histórica de las culturas. Es el fenómeno estudiado por el profesor Díez del Corral, en el *Rapto de*

Europa, y a él hemos aludido en trabajo anterior (1). El asiento geográfico contribuye también a la situación cultural y ofrece ocasión para que surjan nuevas combinaciones. La cultura trasplantada actúa, sin embargo, como fermento y como factor de incorporación (2).

Sería excesivo forzar la apología de la cultura y del hombre europeos. Hay que reconocer que muchas veces ha abandonado Europa la senda de la verdad en que ha creído y que es su alma. El mismo afán de comprensión, su espíritu acogedor de todos los mensajes del pensamiento, le ha llevado a analizarlo todo, y, a veces, este análisis ha sido corrosivo y ha engendrado los estados de anarquía intelectual y moral que en la misma Europa han sido denunciados.

Pero una cultura no está caracterizada por sus desviaciones, sino por sus constantes históricas. Gracias a éstas, renace tras las crisis y reanuda la marcha en direcciones positivas y concordantes.

Estas constantes arraigan en los últimos estratos del espíritu histórico. Paul Hazard ha estudiado, en *La crisis de la conciencia europea*, el cambio profundo que se produce en el tránsito del siglo XVII al XVIII; pero esta Europa, cuyo genio consiste en no contentarse nunca, afirma a lo largo de los cambios incesantes, y en virtud de su constante búsqueda de la verdad y de la dicha, "que son las fuerzas intelectuales y morales, no las fuerzas materiales, las que dirigen y dominan la vida".

Este enlace de la verdad y de la libertad otorga su sentido humano

(1) Vid *Europa y la Nación*, publicado en *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*. Madrid, 1962.

(2) La síntesis cultural suministra la prueba de que existen posibilidades de cooperación entre diversas concepciones, lo cual no es comprensible si no se cree que hay una unidad sustancial de la cultura y de sus objetivos. Esta ha sido siempre la creencia europea, integradora, y no sincrética. McKeon, en su monografía *Diversité des cultures*, publicada por la U. N. E. S. C. O., en un volumen sobre *L'originalité des cultures* (1953), que recoge varios estudios, dice, a este propósito: "Suponer que una síntesis filosófica podría consistir en combinar el espíritu técnico del Occidente con la penetración intuitiva y contemplativa propia del Oriente, sería preterir a la vez la naturaleza del pensamiento y la historia de la comunicación filosófica. Bien se puede tomar en préstamo sus métodos a filosofías extranjeras y aplicarlos a nuevos principios; bien se pueden determinar sus objetivos en presencia de métodos nuevos, no se puede impedir que los filósofos se multipliquen, aun entre los fieles de un maestro único o en el seno de una ortodoxia común. Sin embargo, la Filosofía, que ha contribuido ya en el pasado a consolidar las asociaciones humanas, puede servir a la comunidad de los hombres clarificando los aspectos sociales, políticos y humanos de las culturas; y el estudio de la influencia de la Filosofía sobre las relaciones, las acciones y las expansiones humanas puede, a su vez, facilitar los cambios y la cooperación intelectuales."

a la cultura europea, que si ha creado las técnicas de dominio sobre la Naturaleza, no se ha desentendido nunca del problema del hombre, en cuyo interior radica la verdad. La misma técnica, vinculada al hombre y no exaltada hasta el mito, se impregna de sentido humano cuando necesita dejar subsistentes una serie de elementos primitivos, como ha observado Znaniecki; lo cual, por otra parte, relativiza la concepción del progreso como cambio incesante que invalida los estados anteriores.

La propia vinculación de la verdad y la libertad confiere a esta última el carácter que Jaspers ha expresado como la victoria sobre el arbitrio; pero, gracias a esta comprensión, la figura del porvenir continúa dependiendo de la libertad del hombre, forjador de su destino personal y agente del destino histórico. El optimismo que expresan las siguientes palabras está hecho de las raíces metafísicas de la libertad cristiana y europea: "Cualquiera que afirme que una cosa es inevitable, afirma más de lo que sabe y da primacía a la pasión del nihilista", que se limita a esperar la catástrofe.

No en vano los acuerdos económicos y políticos europeos rebasan la esfera de los intereses y anteponen el concepto de la dignidad de la persona (1). Así, en el Estatuto del Consejo de Europa, modificado en 1951, se reconoce la existencia de "los ideales y los principios que constituyen su patrimonio común".

Las aproximaciones recientes entre pueblos europeos que fueron enemigos, los acuerdos progresivos superadores de las agrupaciones dentro de Europa y tendiendo a forjar una sola unidad, no tendrían explicación si el concepto de Europa, tan indefinible en sus rasgos formales como el mismo concepto de patria, no gravitara sobre los europeos con el poder de los recuerdos y de las esperanzas comunes. Es cierto también que las crisis europeas de las guerras que han mantenido sus naciones, más bien han estado suscitadas por aspiraciones hegemónicas dentro de una comunidad, que por oposiciones irreductibles y existenciales. Es muy diverso el carácter de las luchas entre Carlos V y Francisco I, y el de la guerra contra los moros o contra los turcos.

Pero el sentido universal de Europa, renaciente en la propia reagrupación de sus estirpes, puede todavía aportar a un mundo escindido el temperamento de una sabiduría y de una prudencia milenarias.

(1) Puede observarse esta primacía en el Tratado de París (16 de abril de 1949), sobre Cooperación Económica Europea; en el de Bruselas (17 de marzo de 1948) sobre Unión Europea Occidental; en la Declaración de derechos y deberes de los Estados (6 de diciembre de 1949); en el Estatuto del Consejo de Europa (5 de mayo de 1949), modificado en 22 de mayo de 1951), etc.

CONCLUSIONES.

1.^a La cultura europea ha tratado de armonizar siempre los elementos estables que la constituyen y la dotan de continuidad con el carácter problemático de su propia estructura racional. La llamada "crisis de Europa" es el punto álgido de esta incesante problemática, pero suscita el examen de conciencia del hombre europeo y, mediante ese examen, sigue la cultura apelando a la responsabilidad personal.

2.^a Frente a la concepción de la pluralidad de las culturas, encerradas en ciclos inexorables, la cultura europea realiza el tipo de cultura "abierta", cuyo valor universal arraiga en su carácter profundamente humano. Resulta así apta para la asimilación, el desarrollo y la difusión de todos los gérmenes culturales.

3.^a El carácter universal de la cultura europea no implica un sincretismo, sino una reelaboración de elementos en virtud del principio que la configura como tal cultura característica. Recibe las influencias predominantes de Grecia, de Roma, de Israel y de las instituciones germánicas de libertad personal, todas esas influencias ligadas y refundidas en el crisol del Cristianismo. El hombre europeo es el hombre cristiano por antonomasia y con la Cristiandad recibe Europa su unidad moral y un lineamiento social que, secularizadas las creencias, continuará expresando la estructura institucional del orden europeo.

4.^a La cultura europea parte del concepto y trata de realizar el designio del hombre completo, como conjunto vital y espiritual, en vez de considerarlo al través de una dimensión. El hombre completo es el hombre moral y social. La razón es característica del proceso de la cultura europea, pero está inserta en el orden total constitutivo de la naturaleza humana. Controla la integridad del proceso, pero lo hace respetando y ligando las fuerzas de la vida. La conciencia personal está siempre presente en las manifestaciones de la cultura europea, y la misma Mística presenta rasgos *activistas*, así como el sentido de la muerte consiste en la afirmación de la eternidad de la existencia personal.

5.^a El concepto de la común naturaleza humana es factor igualatorio, inspirador de la concepción política europea del Bien común, a la vez personalista y comunitaria y que tiende hacia la comunidad perfecta en la organización universal. En las empresas políticas, lo mismo que en las estrictamente culturales de Europa, alienta siempre el espíritu de justificación en virtud de criterios universales, que son los íntegramente humanos. Pero el Bien común, por asumir, sin destruirlos, los bienes personales, es también acogedor de los estados de conciencia

que no son elementos inmediatos de comunidad, sino que implican el retiro propicio a la vida contemplativa, unas veces, y, otras, el *ocium* necesario para el cultivo del pensamiento. Estas actitudes contemplativas producen también frutos sociales, aunque signifiquen esencialmente el ejercicio de una vocación personal que persigue la salvación o el saber desinteresado.

El concepto europeo de la Historia no es transpersonalista ni se asocia, en consecuencia de esto, a la creencia hegemónica. Aunque en Europa han sido acuñados varias veces conceptos semejantes, Europa ha tendido predominantemente, en virtud de sus creencias culturales, a afirmar el principio de asociación. Las mejores concepciones internacionales europeas, desde el siglo XVI, siguen esta vía, abierta ya en la Edad Media por la Cristiandad.

6.^a La educación europea concibe al hombre como unidad de comportamiento, y fracasa cuando se hace puramente intelectual o técnica. La educación integral, que atiende al desarrollo de todas las facultades humanas, así como la instrucción obligatoria, responden a un sentido humanista y confirman la fe en la libertad orientada por la acción sobre la inteligencia y la conducta. En esta línea, el concepto, eminentemente europeo, de *élite*, sirve al designio de elevación de la masa por las influencias superiores reclutadas y engarzadas en ella.

7.^a La cultura europea, por su mismo carácter "abierto" y por su propensión dialéctica, ha segregado el corrosivo que destruye muchas de sus partes y que determina contradicciones y discontinuidades. No obstante, posee en sí misma las facultades de restauración y de reanudación de su propia marcha. Afirma la primacía de las fuerzas intelectuales y morales sobre las materiales, la creencia en la libertad que busca la verdad y cree en ésta y, por lo mismo, no cree en la fatalidad del destino histórico. En síntesis, el sentido humano, personalista y universal de la cultura europea, le permite asentarse sobre conceptos tan arraigados en la conciencia común como el de la dignidad y la igualdad de los hombres, pero desde una posición —la del hombre europeo— que no es exclusivamente intelectual, sino que comporta experiencia y prudencia.